en fin, seamos prácticos. ¿A qué pedir á la existencia lo que ella no puede dar? La vida os pareceria llena de amargura sin la posesion de Lazarine; ¡os casareis con Lazarine, y el casamiento es la posesion!

Godefroy continuó largo tiempo su conversacion, la que no trataremos de seguir, y el marqués de la Tour du Roy llegó á convencerse de que podia casarse con Lazarine, y que el porvenir que le aguardaba estaria lleno de amor.

IX

Un poco antes de terminar el almuerzo, tan fértil en tempestades, la hija segunda de Julio Leroux se habia retirado á su cuarto furiosa contra Lazarine por las pretensiones manifestadas abiertamente, irritándola é hiriéndola á la vez.

Una vez en su habitacion, y para olvidar su disgusto, acudió al remedio heróico que le servia para combatir el fastidio, aquel gran enemigo que se apoderaba de ella casi todo el dia. Se tendió en una mecedora de campo, cerró los ojos y se durmió. Su sueño se prolongó tanto, que no tuvo conocimiento del pequeño inciden-

te que sobrevino por la tarde, y cuyas consecuencias habia de ver tan pronto.

Al bajar al comedor á la hora de la comida, Renée recibió gran sorpresa al ver el notable cambio que se habia operado en la fisonomía del ex-banquero, y la expresion de triunfo que revelaba el semblante de Lazarine.

¿Habia sucedido algo importante que ella no conocia por haber tenido la torpeza de dormirse?.....

Demasiado orgullosa para manifestar que la interesaba cualquier asunto que no se referia á ella, Renée se guardó bien de preguntar, pero se dispuso á no dejar pasar el menor detalle por el cual pudiera satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho tiempo en saberlo.

—Mañana—dijo Julio Leroux dirigiéndose á Lazarine—es necesario que tú misma te tomes el trabajo de arreglarlo y disponerlo todo; salva de la manera que puedas nuestra humilde posicion con los recursos que te suministre tu claro talento.

Renée aguzó el oído.

—Ten calma, papá—respondió Lazarine sonriendo,—acepto con gusto las delicadas funciones de tapicero, adornista y director de escena. No te prometo un lujo asiático, pero sí te sorprenderá lo que yo haga. No conocerás el sa-

lon, pues gracias á mis instintos de artista, tu modesto interior será elegante.

—Pero creo que te ha de ser muy difícil ofrecer un refresco cualquiera—dijo el ex-banquero.

—Un pequeño *lunch* agreste habia yo pensado: *sandwiches* emparedados, crema, pasteles, qué los hace muy bien Marion, fresa y vino de Champagne; ¿tienes tú Champagne, papá?

Julio Leroux hizo un gesto negativo.

—Entonces no hay nada—dijo alegremente la jóven.

—Yo esta tarde—dijo el ex-banquero—enviaré á Orléans á buscar un gran cesto de botellas de vino.

—¡Nos hemos salvado! Colocaremos muchas flores sobre la mesa, la adornaremos bien, y eso tendrá todo el carácter de un *lunch* campestre.

Renée no daba crédito á lo que oía.

¿Con qué objeto se hacian todos aquellos preparativos en una casa en que se habia convenido no recibir á nadie?

Ya no pudo guardar silencio por más tiempo.

—¿Qué es eso? ¿Se recibe aquí mañana?

—Sí—dijo secamente Lazarine—se recibe, querida mia.

—¿Y á quién?

—A altos y muy poderosos personajes. Un príncipe y un marqués vendrán mañana á honrar nuestra humilde morada.

Renée se estremeció.

—¿El príncipe de Castel-Vivant y el marqués de la Tour du Roy acaso?—preguntó con timidez Renée.

—Lo has acertado.

—¿Y sabes para qué—prosiguió Renée—esos *octogenarios* vienen á honrar con su presencia la humilde posesion de Hojas-Verdes?

Lazarine frunció el ceño.

—Lo sabemos—dijo secamente—porque uno de esos *octogenarios*—y apoyó la frase—ha venido hoy á solicitar el permiso de papá para presentar al otro mañana.

—¿Y papá ha recibido al antiguo embajador?

—Pues ya lo creo.

—De modo que aquellos propósitos de retiro y soledad.....

—Han desaparecido, querida mia.

—¿De modo que nuestra casa se vá á convertir en una sucursal de *Saint-Perine?*

—¿Y por qué nó?

—¿Y se podrá poner en la verja de hierro un cartel de gran tamaño en el que se lea: *Punto de reunion de los viejos solterones?*

Por segunda vez Lazarine frunció el ceño.

—Estás muy habladora hoy—dijo Lazarine con calma fingida—Te olvidas al expresarte de ese modo, que el príncipe es viudo, é ignoras sí el marqués está casado.

—¡No lo es!—exclamó Renée.—¡Lo ignoro, es verdad, pero estoy segura de ello! Si no fuera así ¿á qué habia de venir á casa?

Lazarine se encogió de hombros y dijo:

—No te comprendo.

—¡Ya lo creo que no me comprendes!—repuso Renée con violencia, sin poder ocultar la ira y el despecho que sentia.—Ademas, que la cosa no tiene mucho que comprender. Al verte esta mañana, el marqués se quedó prendado de tus encantos, y mañana depositará á tus piés su corazon, su peluca y su título. ¡Estaba escrito! Que sea enhorabuena, señora marquesa.

Lazarine se puso morada, pero se contuvo, y abandonó su sitio haciendo á su hermana una irónica reverencia.

—Acepto tu enhorabuena, querida mia—dijo comprimiendo la ira que la ahogaba,—y deseo, sobre todo para tí, que seas buen profeta.

—¿Por mí?—repitió Renée fuera de sí.—¿Como sobre todo por mí?

—Pues es claro, la marquesa de la Tour du Roy, gran señora y seis veces millonaria, cumplirá con un deber protegiéndote, y te encontrará quizá un buen marido.

—¡Un marido fósil! ¡Un anciano—exclamó la jóven.—¡Nunca! ¡no quiero tu proteccion, guárdatela!

—¡Están verdes!—dijo Lazarine con ironía.

El diálogo se iba animando de mala manera, y dado el carácter de las dos hermanas, amenazaba acabar muy mal.

Julio Leroux lo comprendió así.

Regañó á Renée, y la anunció que si no se callaba al momento, la encerraria en su cuarto por espacio de cuarenta y ocho horas.

El ex-banquero demostró al decirlo que estaba muy dispuesto á llevar á cabo la amenaza.

Renée lo comprendió así; y como no deseaba perder la entrevista, de la cual esperaba que resultaria alguna decepcion para su hermana, se quedó tranquila, al menos en la apariencia. Al cabo de un cuarto de hora, pretextando que estaba ligeramente indispuesta, pidió permiso á su padre para retirarse á su cuarto.

Una vez sola en él, aquella hermosa jóven se trasfiguró completamente por la ira que ahogaba su pecho.

Cayó en el lecho, presa de un ataque de nérvios, con el rostro lívido, los miembros agitados por sobresaltos, y los ojos fuera de las órbitas.

De las frases incoherentes que se escapaban de sus labios, se hubieran podido tomar éstas:

—¡Lazarine rica y yo pobre! Lazarine gran señora, seis veces millonaria y humillándome con su proteccion. ¿Es eso posible? ¡Antes morir que aceptarla! Afortunadamente, aún